La

Manta del Caballo

Drama en tres actos

LA MANTA DEL CABALLO.

LA

MANTA DEL CABALLO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON PEDRO DE NOVO Y COLSON

TEATRO ESPAÑOL. — 1.º de Febrero de 1878.

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1878

A LA MEMORIA DE MI PADRE.

Ayer, cuando tú vivias para felicidad de tus hijos, escribí esté drama que te dediqué con las siguientes palabras:

Diez años hace que al regresar de uno de mis viajes fuí á reunirme con vosotros en el campo, donde despues de pasadas las horas de la alegre vendimia, tú nos improvisabas una distraccion tan útil como agradable. Ya nos hablaras, ya nos leyeras, siempre te oíamos con verdadero encanto; tocó su vez á una anécdota muy cortita y muy inverosímil, pero cuya lectura arrancó llanto de todos los ojos: extrema emocion debida sólo al pensamiento, descarnada como estaba de toda forma bella é interesante.

No recuerdo el título de la publicacion donde leiste aquel cuentecillo; pero jamás he olvidado su extracto, que con inventiva podria ser fundamento de un drama donde campeasen la moral más pura y una leccion provechosa.

Ese drama es el que te ofrezco con el título de LA MANTA DEL CABALLO. *Acéptalo, siquiera sea como viva protesta de mi corazon á la ingratitud de los hijos, y Dios me haga morir ántes que mal pagar el amor inmenso, la abnegacion, el desinterés y la ternura infinita que me has probado.*

Cádiz, Setiembre de 1876.

Hoy, que ha trascurrido un año de la noche en que partistes llamado por Dios para otros mundos mejores, solo á tu memoria, á tu reverenciada y santa memoria, puede dedicar su obra, tu hijo

PEDRO.

Madrid, 28 de Enero de 1878.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARTA, de 23 años.	SRA. CAIRON.
CATALINA, de 19.	SRTA. CONTRERAS.
D. GUILLERMO DE ORELLANA, de 60.	D. JOSÉ VALERO.
LEONARDO (su hijo), de 24.	D. ANTONIO VICO.
FELIPE (hermano de Marta), de 36.	D. JULIO PARREÑO.
GASPAR (criado viejo).	SR. ALISEDO.
ALFONSO (niño de 5 años). .	SRTA. ALISEDO.

Lugar: un pueblo de Castilla. — Época: 1680.

ADVERTENCIAS.

El niño Alfonso no debe representar más de seis años, y vestirá con arreglo á su época y á su edad.

Los personajes vestirán como hidalgos ricos pero que viven en el campo.

Guillermo debe aparecer fuerte y ágil en el primer acto, en el segundo mucho ménos, y en el último casi decrépito.

ACTO PRIMERO.

La escena representa el patio de una granja. En el fondo una verja con entrada por el centro: á la derecha del actor, la fachada de la casa con puerta y ventanas altas. A la izquierda un cenador ó emparrado y un banco rústico. Al levantarse el telon aparecen Marta en la escena y Felipe entrando.

ESCENA PRIMERA.

MARTA. — FELIPE.

FELIPE.

Dios te guarde, hermana mia.

MARTA.

¿Alegre vienes?

FELIPE.

Sí, vengo
envidioso de tu estrella,
á la vez que satisfecho.
Marta, abrázame.

MARTA.

¡Felipe!
¿Es milagro?

FELIPE.

No lo niego.
Pero mi adusto carácter
hoy se convierte en risueño.

MARTA.

¿Qué nuevas traes?

FELIPE.

Buenas nuevas.
Ya arreglé tu casamiento
para la próxima Páscua.

MARTA.

¿Con Leonardo?

FELIPE.

¡Por el cielo!
No pronuncies ese nombre,
ó teme mi enojo.

MARTA.

¿Pero
entónces con quién?

FELIPE.

Con uno
que podrá cubrir tu pecho
de esmeraldas y corales
sobre finos terciopelos,
y aclamarte soberana
de fructíferos terrenos,
logrando así tu ventura,
y lo que es mejor, mi empeño
de verme libre de tí,
de tus gastos.

MARTA.

Agradezco
una vez más la franqueza.

FELIPE.

Ya sabes que el cargo tengo...

MARTA.

De alimentarme y vestirme...

FELIPE.

Hasta que llegue el momento
de tu boda.

MARTA.

¿Y un marido
rico me buscas, por miedo
de que mañana pudiera
pedirte amparo de nuevo?
¡La avaricia te consume!
¡Eres miserable!

FELIPE.

Cierto.
Tanto como tú egoista
é ingrata.

MARTA.

Nos conocemos.
Así, no temas, Felipe,
que elija con desacierto
un marido sin recursos.

FELIPE.

Ya tu torpeza no temo.

MARTA.

¿Quién me pidió por esposa?

FELIPE.

Jaime el Rico.

MARTA.

¡Rico y necio!...
Pues prefiero á Leonardo
que es hermoso.

FELIPE.

¡Vaya un mérito!

MARTA.

Y tan rico como Jaime.

FELIPE.

Él no es rico, lo es Guillermo
su padre; y miéntras viva
éste correis el riesgo
de que haga malos negocios,
de que se case de nuevo,
ó de que legue al hospicio
de sus ducados un tercio,
y que cuando muera os deje
mendigando ó poco ménos.

MARTA.

Es juicioso lo que dices.

FELIPE.

¿No ves que soy perro viejo?
Escucha, Marta; es preciso
para vivir con sosiego,
que del punto en que te cases
te apoderes sin respetos
del caudal de tu marido
y lo administres, sabiendo
que si mañana te arruinas
serás escarnio del pueblo,
y te cerrarán sus puertas
todos.

MARTA.

¿Y tú?

FELIPE.

Yo el primero.

(Coge la escopeta y se dispone á salir.)

Voy á cazar una liebre
por la falda de esos cerros
y en seguida volveré.
Adios, hermana.

MARTA.

Hasta luégo.

(Felipe llega á la verja y se detiene.)

FELIPE.

Si viene Leonardo, dile
que Jaime el Rico es tu dueño,
y que olvide de esta granja
el camino.

MARTA.

Ya veremos.

(Felipe se va por el fondo con la escopeta al hombro.)

ESCENA II.

MARTA, sola.

Mi hermano es un egoista
sin más pasion que el dinero;
pero discurre con calma
y me aconseja discreto.
Yo debo elegir á Jaime
si á lo seguro me atengo,
aunque trabajo me cuesta
renunciar por ese necio
al cariño de Leonardo.
¡Y no hallaré otro remedio!

(Leonardo entra por la verja del fondo.)

ESCENA III.

MARTA. — LEONARDO.

LEONARDO.

¡Hermosa Marta!

MARTA.

¡Leonardo!

LEONARDO.

¿Sola estás? Gracias al cielo
que mi sol sin nubes miro.

MARTA.

¿A qué vienes?

LEONARDO.

A tu encuentro.

MARTA.

Mi hermano puede volver...

LEONARDO.

Ya sus rigores no temo:
hora me embarga la dicha,
porque ha llegado el momento
de realizar nuestra boda.

MARTA.

¿Qué dices?

LEONARDO.

Y detrás dejo
en camino de esta granja
á mi buen padre Guillermo.

MARTA.

¿A tu padre?

LEONARDO.

Sí; que ansioso
de devolverme el sosiego
y de embellecer su casa
con la joya de más precio
con la flor de más aroma,
con la reina de mi pecho,
hoy viene á pedir tu mano.

MARTA.

¡Ay, Leonardo!

LEONARDO.

¿Qué?

MARTA.

No acierto
á decirte lo que ocurre.

LEONARDO.

¿Pues qué ocurre? dí. Ese acento
me estremece!

MARTA.

¡Si supieras!...

LEONARDO.

¡Marta, acaba, que me muero!
¿Es que tu hermano se opone
á nuestra union?

MARTA.

Peor que eso.

LEONARDO.

¿Es que tú ya no me quieres?

MARTA.

Hoy más que nunca te quiero.

LEONARDO.

Entónces nada me inquieta.

MARTA.

¡Oh! sí; te herirán los celos:
porque Felipe esta tarde
concertó mi casamiento,
formal y solemnemente,
con Jaime el Rico.

LEONARDO.

¡Silencio!
A repetir no te atrevas

disparate tan horrendo,
monstruosidad tan enorme
aborto de los infiernos,
porque se manchan tus labios
y se desgarra mi pecho.
¡Dime que ilusion ha sido!

MARTA.

No ha sido ilusion, que es cierto.
Así mi hermano lo ordena.

LEONARDO.

¿Que lo ordena? ¡Dios eterno!
Respondes cual si acataras...

MARTA.

Y tendré que obedecerlo.

LEONARDO.

¡Obedecerlo!!

MARTA.

Leonardo,
escúchame, te lo ruego.
Que Felipe es un avaro
lo conoce todo el pueblo,
y no ignora que además
tiene sobre mí el derecho
de casarme á su capricho,
y me casa sin remedio.
Antes que Jaime le hablara
no se opuso á tus obsequios,
pues creyó...

LEONARDO.

Pero ese Jaime
que pretende ser tu dueño
y al que mataré cien veces
ántes de que logre serlo,
ese Jaime... desdichado,
¿cuándo te mostró su empeño?

¿Cuándo te dijo que eras
de sus afanes objeto?

MARTA.

Nunca me habló: solamente
le suelo hallar en el templo
para darme agua bendita;
y otras veces le recuerdo
rondando tras los cercados
de este jardin y del huerto.

LEONARDO.

¿Y es verdad que no le amas?

MARTA.

Te lo juro por el cielo.

LEONARDO.

¿Ni te agrada su presencia?

MARTA.

¡Oh! no.

LEONARDO.

Y á pesar de eso,
si Felipe te lo exige...

MARTA.

¿Cómo resistirle puedo?

LEONARDO.

Es decir que, resignada,
sin que se turbe tu acento,
te sometes presurosa
á llevar al himeneo
esclava el alma de amores
por quien no goza tu cuerpo!
¿Es que acaso en este abismo
no pensastes un momento
y desconoces su daño,
ó es que obró tu entendimiento
seducido por las falsas

dichas que ofrece el dinero?
Cualquiera que el móvil sea,
yo, que te adoro sincero,
debo mostrar á tus ojos
lo que pierdes si te pierdo!

MARTA.

Renunciar á tu cariño
es un horrible tormento,
porque te adoro, Leonardo,
anhelo ser tuya... pero...

LEONARDO.

Pero vas á ser de otro
que en su amoroso deseo
no te brindará ternura...
sino apetito grosero.
Así cuando Jaime el Rico,
al entrar en tu aposento,
te sorprenda desatando
las trenzas de tus cabellos,
que cual brillante cascada
se esparcirán por tu cuello,
y con ojo indiferente,
quizás ahogando un bostezo,
mire apénas el tesoro
que goza sin merecerlo,
recordarás que Leonardo,
al hallarse en igual puesto,
hubiera á tus piés caido
de placer y asombro lleno,
pidiéndote conserváras
flotantes tus rizos negros
para primero adorarlos
y despues jugar con ellos.
Que al pasarlos uno á uno
entre sus trémulos dedos
hubiera de amor sonado
para cada cual un beso.
¡Tantos besos de cariño
cuantos fueran tus cabellos!

MARTA.

Calla, Leonardo.

LEONARDO.

No callo.

MARTA.

Te lo suplico.

LEONARDO.

No quiero.
Porque me importa que sepas
lo que pierdes si te pierdo!

MARTA.

Consigues ponerme triste
sin arbitrar el remedio.

LEONARDO.

Marta, ¿acaso has detenido
una vez tu pensamiento
en la inmensa desventura,
en el árido desierto
de un corazon solitario
combatido por el duelo?
Cuando se aleje el estío
y el otoño cubra el suelo
de esas hojas amarillas
que en el árbol verdes fueron;
cuando tu risa se apague,
y el tardo arrepentimiento
cubra de llanto tus ojos
y de amargura tus sueños,
¿quién calmará tu agonía?
¿A quién pedirás consuelo?
¿Dónde llamará tu alma
esperando hallar un eco?
Que es un hogar sin amor
como una casa sin techo,
donde se vive entregado
á la inclemencia del cielo.

Y entónces te asaltará
el consolador recuerdo
de aquel perdido Leonardo,
en cuyo amoroso pecho
posado hubieras la frente,
miéntras él, de dicha trémulo,
secára tus dulces lágrimas
con el calor de su aliento.

MARTA.

Ten compasion de mi angustia;
tus palabras me dan miedo.

LEONARDO.

Basta, sí; pues ya no ignoras...
lo que pierdes si te pierdo!

MARTA.

(¡Cuánto me ama! Al escucharlo
vacila casi mi intento.)

LEONARDO.

¿Reflexionas, Marta mia?
Dime lo que piensas.

MARTA.

Pienso
en que para ser dichosos
los dos, tenemos un medio.

LEONARDO.

¿Por qué tardas en decirlo?

MARTA.

Porque difícil lo creo.

LEONARDO.

Nada prejuzgo difícil.

MARTA.

Entónces, dile á Guillermo (Con vacilacion.

que, si nos ama, te ceda
su caudal.

LEONARDO.

¿Qué estás diciendo?
Si es el alma mercancía,
¿qué nos liga al Sér Supremo?

MARTA.

No, Leonardo, no soy yo
la que propone este medio
que me avergüenza y me humilla.
Yo sin riquezas te quiero.
Es Felipe el que te habla;
y de su discurso el eco
llegué á ser, contra mi gusto,
obligada por tu ruego.
(No comprendo tanto enojo.)
(Leonardo parece luchar consigo mismo, y dice con amargura.)

LEONARDO.

Olvídame, Marta.

MARTA.

(Con sorpresa.) ¿Es cierto?...
(Fuí demasiado imprudente.)
Adios. (Como resentida.)

LEONARDO.

Que te guarde el cielo.
(Marta se acerca á la puerta de la casa y se detiene. Leonardo queda pensativo, de espaldas á ella.)
(Nada mi padre sabrá.)

MARTA.

¡Leonardo! (Con dulzura.)
(Leonardo se vuelve, y Marta le envía un beso con la mano.)
Recoje eso.

LEONARDO.

¡Ah sirena, hermosa Marta,
por mis venas corre fuego!

MARTA.

Yo tambien quiero que sepas...
¡lo que pierdes si te pierdo!
(Le envía otro beso y se va cerrando por dentro.)

ESCENA IV.

LEONARDO.—FELIPE.—Luégo GUILLERMO.

(Leonardo corre á la puerta, llama, y á la vez entra Felipe por el fondo.)

LEONARDO.

Te escuché en hora siniestra.
¡Abre, Marta, sal de nuevo!

FELIPE.

¿Por quién preguntais, mancebo?

LEONARDO.

Por una víctima vuestra.

FELIPE.

La víctima vos sereis,
que por ella loco estais;
pero ved cómo os curais
sin que su mano alcanceis.

LEONARDO.

Ya sé que con torpe engaño,
y con prevision bastarda,
vuestra codicia la guarda
para Jaime de Avendaño.
Mas en tanto que yo aliente
no forzareis su conciencia.

FELIPE.

¿Y dónde está esa violencia,
si de buen grado consiente?

LEONARDO.

Si consiente, es arrastrada
por consejos engañosos.

FELIPE.

Yo le mostré dos esposos:
uno rico, otro sin nada.
Y con juicio que me explico
al verlos en la balanza
quita al pobre la esperanza (Señalándole.)
y le da su mano al rico.
¿Qué encontrais de censurable
en conducta tan discreta?

LEONARDO.

Encuentro la fe completa
de que sois un miserable!

FELIPE.

Si repetís el dictado, (Apuntándole.)
os tiendo á mis piés sin vida.

LEONARDO.

La muerte no me intimida.
¡Miserable os he llamado!

FELIPE.

Sospecho con fundamento
(Descansando la escopeta.)
que estais loco.

LEONARDO.

No estoy loco.

FELIPE.

Pero muy cuerdo tampoco.
(Pasa á la derecha de Leonardo, acercándose á la casa.)
Quedad con Dios.

LEONARDO.

Un momento. (Deteniéndole.)

Luchando conmigo mismo
para vencer mis reparos,
procuraré contestaros
con idéntico cinismo.
Ya que vendeis sin rubor
la mano de una mujer,
os conviene ántes saber
quién es el mejor postor.
Que por cara que se venda,
donde Jaime alcanzar puede
yo alcanzaré cuando herede,
que ha de ser mayor mi hacienda.

FELIPE.

Eso nadie os lo ha negado.

LEONARDO.

¡Vos! Pues que nada poseo
habeis dicho!...

FELIPE.

Así lo creo.
Hoy no teneis un ducado.
Pobre sois, aunque no os cuadre.

LEONARDO.

De mañana hablando estoy.

(Guillermo entra por el fondo y se detiene á escuchar bajo el emparrado.)

FELIPE.

Pero mañana no es hoy;
hoy el rico es vuestro padre.

GUILLERMO.

(¿Qué están diciendo de mí?)

FELIPE.

¿Acaso es vuestro lo suyo?

LEONARDO.

Si con su amor os arguyo,

puedo probaros que sí.
Pues él, que en mis ojos vive,
y con cariño entrañable
para hacer mi dicha estable
hasta la muerte concibe,
gozar nos hará opulenta
dulce vida sin rival,
siendo suyo el capital
y de nosotros la renta.

FELIPE.

Es gentil vuestro argumento.

LEONARDO.

¿Dudais quizás?

FELIPE.

Al contrario;
pero vivir de un salario
no es de mi hermana el intento.
Ella sabe, y yo tambien,
que vuestro padre, aunque anciano,
fresco está, robusto y sano;
y que si lo tiene á bien
de nuevo puede casarse.

LEONARDO.

Jamás en ello pensó.

FELIPE.

Podrá suceder, ó no;
mas todo debe pesarse.

GUILLERMO.

(¡El mancebo es precavido!)

FELIPE.

Tambien añadir pudiera
que tal vez la renta fuera
menor que la habeis creido.

LEONARDO.

¿Por qué?

FELIPE.

Porque locamente
vuestro padre dió en gastar,
y no hay pobre en el lugar
á quien no vista y sustente.

LEONARDO.

Hace bien.

FELIPE.

¡Bravo detalle!

LEONARDO.

Es noble su corazon.

FELIPE.

¡Eso es vaciar el arcon
en la puerta de la calle!
Y si al fin la tal herencia
lográrais en plazo breve...
(Con cómica entonacion muy marcada.)
¡Mas Guillermo gozar puede
muchos años de existencia!

LEONARDO.

¡Silencio, vil!

FELIPE.

No me aterro
con ese nuevo arrebato.

LEONARDO.

Calla.

FELIPE.

¡Bah!

LEONARDO.

Calla, insensato,
ó te mato como á un perro.
(Oprimiéndole el brazo.)

FELIPE.

¡ Soltadme !

LEONARDO.

¡ Quimera vana !

FELIPE.

¡ Ira de Dios ! ¡ Me haceis daño!

LEONARDO.

Dadle á Jaime de Avendaño
la mano de vuestra hermana;
que yo rompí mis cadenas,
y el alma en horror se abisma,
pensando que es una misma
la sangre de vuestras venas. (Le suelta.)

GUILLERMO.

(Él mis canas honrará !)

FELIPE.

Os perdono...

LEONARDO.

¡ Alarde necio !

FELIPE.

Por demente.

LEONARDO.

Yo os desprecio
por infame.

FELIPE.

¡ Basta ya !
¡ Salid !

LEONARDO.

A mi padre aguardo,
y saldré cuando me cuadre.

FELIPE.

Por respeto á vuestro padre
no os arrojo: adios, Leonardo.
(Felipe entra en la casa y cierra.)

GUILLERMO.

(Es noble su indignacion
y efímera su entereza;
que en luchas con la pasion
siempre vence el corazon
á la más firme cabeza.)

ESCENA V.

LEONARDO. — GUILLERMO en el cenador.

LEONARDO.

¡Qué engaño tan doloroso
me deparaba mi estrella!
Llegué de esperanza henchido
soñando ventura eterna,
para perder en un punto
fe y amor, quedando presa
de horribles celos el alma
y la mente en lucha fiera!
Pero no por largo tiempo
sufriré! ¡Dios mio, aleja
de mis turbados sentidos
la imágen de esa sirena!
Un ángel me la fingí,
y un ángel es por lo bella...
¡Oh, sí; bella cual ninguna!
¡Con su hermosura me ciega! —
¿Y mi padre? Al noble anciano
que suyas hace mis penas,

que vive porque yo vivo,
que en mi dicha se recrea...
¿cómo le diré que ha muerto
mi esperanza lisonjera,
y que nunca volverán
aquellas tardes serenas
en que risueño escuchaba
sus consejos y consejas
bajo el oscuro castaño
que nuestro parque sombrea?
Yo pensaba en mis amores,
y él me hablaba de la guerra,
su juventud recordando;
y así, de la dicha cerca
creyéndonos, nuestras horas
tranquilas y dulces eran.

GUILLERMO.

(Y miéntras viva tu padre
serán tranquilas y bellas.)

LEONARDO.

Hoy verá mis sufrimientos
que á padecer le condenan;
pues ocultarlo á sus ojos...
¡imposible!... no hallo fuerzas. —
La adoro tanto, Dios mio,
que el corazon se amedrenta
presintiendo los martirios,
la hiel, la voraz hoguera,
la rabia y mortal angustia,
la sed de salvaje hiena...
todo el horror y el infierno
que á mis insomnios esperan!
¡Marta en los brazos de Jaime!
¡Marta esparciendo sus trenzas
sobre la frente de un hombre
á quien con sus ojos besa,
y á quien su mano acaricia
de placer acaso trémula!
¡Marta de amor embriagada,
brindando su faz risueña

para que sellen su boca!...
Mis palabras envenenan.
No, no; jamás: imposible.
Antes cubrirá la tierra
el yerto cuerpo de Jaime;
que mi furor le sentencia
á morir, si no me mata...
Y si mi vida cercena,
que á Marta goce por premio
de darle fin á mis penas.

(Guillermo se ha acercado lentamente, y le toca en el hombro.)

LEONARDO.

¡Mi padre! (Confuso.)

GUILLERMO.

¡Pobre hijo mio!
Ven á mis brazos.

LEONARDO.

¡Señor!

GUILLERMO.

¿Tan inmenso es ese amor
que esclaviza tu albedrío?

LEONARDO.

Tan inmenso como el mar;
y me esclaviza de suerte,
que sin él fuera la muerte
el postrero bienestar.

GUILLERMO.

¿Merece amor tan insano
esa mujer?

LEONARDO.

Quizás no;
mas decid si mereció
su corona algun tirano.

GUILLERMO.

¿No temes que el blando yugo
dogal de tu cuello sea?

LEONARDO.

¡Ah! Quien la muerte desea,
¿puede temer al verdugo?

GUILLERMO.

¿No temes de Marta al lado
hacer infeliz tu vida?

LEONARDO.

Y creyéndola perdida,
¿puedo ser más desdichado?

GUILLERMO.

¿No piensas que eternos son
del matrimonio los lazos?

LEONARDO.

Pienso, padre, que en pedazos
va á estallar mi corazon!
¡Sé que á Marta necesito (Con fiereza.)
con su hermosura divina!

GUILLERMO.

El amor que te alucina (Con severidad.)
sólo es carnal apetito.

LEONARDO.

Antes era llama pura
de belleza inmaculada
que ténue, dulce, callada
alumbraba mi ventura:
y fija en mi pecho ardía
sin ondular con el viento,
sin que le ahogara un momento
la fuerza del mar bravía...
Mas no pudiendo espirar,
y como al fin fuego era,

la llama formó una hoguera
con cuanto la quiso ahogar.
¡Ah! perdonad, padre mio,
si perturbada la mente...

GUILLERMO.

La curaré fácilmente
de su loco desvarío.

LEONARDO.

¿Qué decís?

GUILLERMO.

Que ceses ya
de temer; tu dicha es cierta,
Leonardo; llama á esa puerta.

LEONARDO.

Señor, inútil será. (Con desaliento.)

GUILLERMO.

Obedece.

LEONARDO.

(¡Qué agonía!)
Sufrireis un desengaño.
Marchemos.

GUILLERMO.

¿Y el de Avendaño?

LEONARDO.

¡Ah!

GUILLERMO.

Llama, y en mí confia.

(Leonardo corre á la puerta y llama con fuerza. Felipe abre.)

ESCENA VI.

GUILLERMO. — LEONARDO. — FELIPE.

FELIPE.

¿Aún vos aquí? ¡Tanto alarde!...

LEONARDO.

Mi padre á veros se allana. (Con altivez.)

(Se retira sentándose en un banco, y sin escuchar lo que hablan. Felipe baja á la escena y saluda á Guillermo con respeto.)

FELIPE.

¿Don Guillermo de Orellana?

GUILLERMO.

Don Felipe, Dios os guarde.

FELIPE.

Las manos, señor, os beso.
¿Quereis esta casa honrar?

GUILLERMO.

Gracias, no vengo á ocupar
vuestra atencion con exceso.

FELIPE.

(Por Marta viene.) Os escucho.
(La negaré con firmeza.)

GUILLERMO.

Modelo de gentileza
es vuestra hermana.

FELIPE.

(Con rapidez.) Sí, mucho.
Ya me han pedido su mano.

GUILLERMO.

Eso ha llegado á mi oido.

FELIPE.

¡Ah! ¿Lo sabeis?

GUILLERMO.

Sí; he sabido
que se pidió, pero en vano.

FELIPE.

Perdonad...

GUILLERMO.

No me digais (Interrumpiéndole.)
lo que aconseja el reposo...
si no era rico el esposo
con razon se la negais.

FELIPE.

¿Lo creeis así?

GUILLERMO.

Bien se ve.

FELIPE.

Pero como es Avendaño...

GUILLERMO.

Lo dicho; ya no me extraño.

FELIPE.

¡Que no os extrañais!... ¿De qué?

GUILLERMO.

De que con más alta mira
despreciárais su alianza,
pues que su caudal no alcanza
á satisfacer...

FELIPE.

(¡Delira!)

GUILLERMO.

¿Cuántos ducados tendrá?

FELIPE.

¡Cincuenta mil muy cumplidos!

GUILLERMO.

Esos se tienen reunidos
en cualquier momento... ¡bah!

FELIPE.

¿Tan rico sois?

GUILLERMO.

No me abruma:
mucho, no; pero mi hacienda
importa, por mal que venda,
casi el doble de esa suma.

FELIPE.

¡Es un caudal portentoso,
señor don Guillermo!

GUILLERMO.

Acaso
hoy que entero lo traspaso... (Con sigilo.)

FELIPE.

¿Lo traspasais? (Asombrado.)

GUILLERMO.

¡Y gozoso!

FELIPE.

¿Toda vuestra hacienda? (Con creciente interés.)

GUILLERMO.

Toda.

FELIPE.

Y será, segun colijo...

GUILLERMO.

Claro está; para mi hijo...
como regalo de boda.

FELIPE.

Es un rasgo sin segundo
de abnegacion paternal.

GUILLERMO.

¡Leonardo! (Llamándolo.)

FELIPE.

Feliz mortal;
(Llegándose á Leonardo con amable confianza.)
¿por qué tan meditabundo?

LEONARDO.

¿Qué quereis? (Con tono brusco.)

FELIPE.

Que don Guillermo
os llama.

LEONARDO.

(¡Rara dulzura!)
(Se levanta, mirando á Felipe con extrañeza.)

GUILLERMO.

Vamos á poner en cura
este corazon enfermo.
(Colocando la mano sobre el hombro á Leonardo que aparenta creciente admiracion. Luégo se dirige á Felipe.)
Me dijísteis hace poco
que á Jaime le habeis negado
la mano de Marta.

FELIPE.

¡Osado!
Tres veces, no me equivoco;
tres veces se la negué.
(Tiene malicia este viejo.)

LEONARDO.

¡Qué escucho! ¡Yo estoy perplejo!

GUILLERMO.

¡Bravo!

FELIPE.

¿Os complace?

GUILLERMO.

Sí á fe.
Mas se entabla otra partida.
¿Dais á Marta por esposa
á Leonardo?

FELIPE.

¡No es dudosa!
Sí; con el alma y la vida.

LEONARDO.

¡Yo sueño? ¿La ha concedido?

FELIPE.

¿Y lo pudísteis dudar?
Marta, ven á saludar
(Acercándose á la puerta y sin esforzar la voz.)
á tu presunto marido.

ESCENA VII.

LOS ANTERIORES.—MARTA.

LEONARDO.

¡En tanta dicha no creo!

GUILLERMO.

(Su corazon se dilata.) (Con ternura.)
(Marta aparece en la puerta, y Felipe le dice al oido.)

FELIPE.

¡Le cede un monte de plata!

MARTA.

¡Bien lograste tu deseo!

LEONARDO.

¡Ah, qué bella! (Mirándola.)

MARTA.

¡Qué gallardo! (En alta voz.)

FELIPE.

Ea, abrazáos á porfía. (Se la lleva á Leonardo.)

LEONARDO.

Te idolatro, vida mia.

MARTA.

Y yo te adoro, Leonardo. (Se abrazan.)

LEONARDO.

¿Es verdad que ahora me alabas,
y me estrechas?

MARTA.

Sí; mi bien.

LEONARDO.

Pero... ¿no es verdad tambien
que há poco me desdeñabas?
(Como volviendo en sí y recapacitando.)

MARTA.

Olvídalo.

LEONARDO.

¿Y no es verdad
que vos, Felipe, hace poco
llamándome pobre y loco
me despreciábais?

FELIPE.

Pensad (Disculpándose.)
que ántes yo...

LEONARDO.

Pues siendo así,
¿por qué raro encantamiento
cambió vuestro sentimiento
si nada ha cambiado en mí?
Rásgase el negro capuz
por mágia que no me explico,
y se niega á Jaime el Rico...
¡Cielos!... ¡Qué rayo de luz!...

(Se dirige á su padre con emocion creciente y marcando bien el verso.)

Padre, al tranquilo destello
de ese mirar sonriente,
se ve en vuestra noble frente
de algun sacrificio el sello.
Siempre me basta un indicio,
que esa sonrisa os delata;
porque el placer que retrata
simboliza el sacrificio.
Decid á mi amante pecho
qué nuevo favor le obliga:
para que á Marta consiga,
decid, señor, ¿qué habeis hecho?

GUILLERMO.

Desde el punto en que tu suerte
de ser rico dependia,
ví que en llegar tardaria
lo que tardara mi muerte.
Y con angustia espantosa
pensé cuán horrible era,
que tu ventura naciera
en el borde de mi fosa!
Las riquezas que atesoro
tú las debes disfrutar,
no importa cuándo... al juzgar
que puede embeber tu lloro.

Hoy que llorando te veo
y que concierto tu boda...
¡te entrego mi hacienda toda!
¡te cedo cuanto poseo!
Tú eres bueno, eres honrado, (Con emocion.)
y en tu cariño confío,
que nunca, nunca, hijo mio,
me alejarás de tu lado.
Ora devuelta la calma,
será mi vejez dichosa
con tu amor y el de tu esposa.
¿Es verdad?

LEONARDO.

(Arrojándose en sus brazos.) ¡Padre del alma!

GUILLERMO.

Pues ya tu ventura es cierta,
brille en tu faz la alegría.

LEONARDO.

¡Ah! sin llorar... ¡me ahogaria!
¡Dejad que lágrimas vierta!

GUILLERMO.

¡Aún tiene el alma de un niño!

LEONARDO.

¿No he de escuchar palpitante
una prueba tan gigante
de vuestro inmenso cariño?

MARTA.

(Es amor exagerado
(Aparte á Felipe con celos y envidia.)
el que á su padre demuestra.

FELIPE.

Y será la sombra vuestra. (A Marta con sorna.)

MARTA.

¡Siempre en casa! (Idem.)

FELIPE.

Y á tu lado.) (A Marta con sorna.)

LEONARDO.

Señor, si llegase el dia (Con calor y fe.)
en que loco y sin conciencia,
vertiera en vuestra existencia
de hiel una gota impía,
de Dios al rigor sujeto,
su maldicion mi alma apela.

GUILLERMO.

Silencio, que el diablo vela (Con gravedad y dulzura.)
y puede escuchar tu reto. (Ligera pausa.)
Marta, ven; ya estais los dos
(Colocándose entre ambos.)
con dulces lazos unidos;
sé modelo de maridos.

LEONARDO.

Sí, padre; lo juro á Dios.
Mas siempre vuestro consejo
escucharemos ufanos.

GUILLERMO.

Yo me entrego en vuestras manos:
tratad con amor al viejo. (Leonardo le besa la mano.)

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la entrada de una hermosa granja. A la izquierda del actor la fachada de la casa, grande, con vestíbulo de balaustrada y tres escalones para bajar á la escena. A la derecha una tapia con puerta que figura pertenecer á la caballeriza. Algunos arreos colgados de la tapia. En el fondo una verja con estátuas: detrás jardin. Cerca del centro un árbol, y á su sombra una mesita y un sillon. Gaspar aparece limpiando los arreos y Catalina arreglando unos libros en la mesita.

ESCENA PRIMERA.

GASPAR.—CATALINA.

GASPAR.

¿Conque estuviste, zagala,
ayer noche en la verbena?

CATALINA.

Sí, señor Gaspar, estuve
hasta el toque de la queda.

GASPAR.

¡Hum! Yo tambien en mis tiempos
iba á saltar las hogueras,
y á tañer una bandurria,
y á vaciar unas botellas.
Allí le dije á mi Flora,
que Dios en su gloria tenga...
mas ¿qué te importa, zagala,
lo que á Flora le dijera?

CATALINA.

¿Acaso os he preguntado?

GASPAR.

Tienes razon.

CATALINA.

¡Vaya!

GASPAR.

Ea;
sólo falta este tirante
para acabar la faena.

CATALINA.

Mucho tardan los señores.

GASPAR.

Habrán ido hasta la alberca.
Y el viejo, ¿salió tambien?

CATALINA.

¡Ay, Gaspar!

GASPAR.

¿Qué mal te aqueja?

CATALINA.

¡Quiero tanto al noble anciano!

GASPAR.

No me extraña que lo quieras.

CATALINA.

Pero el pobre sufre mucho.

GASPAR.

¿Sí? Pues nadie lo creyera
al verle amable con todos
y con faz siempre serena.

CATALINA.

Porque es un santo, Gaspar;
yo lo sé desde pequeña,
desde que mísera, sola
y sin amparo en la tierra
llegué de esta hermosa granja
á la hospitalaria puerta.
Fué en una tarde de invierno,
cuando, rendida y sin fuerzas,
me senté sobre la escarcha.
En copos de nieve envuelta,
con llanto y temblor intenso
llamaba á mi madre muerta,
pidiéndole pan y lumbre
porque se helaban mis venas.
A nadie en torno veia;
el viento y la lluvia arrecian,
y espesa el blanco sudario
al par que la nieve espesa.
Pero de pronto descubro
atravesando la vega
un caballero embozado,
que bajo la capa enseña
el cañon de un arcabuz
y á largos pasos se acerca
seguido de dos lebreles
que me ladran y olfatean.
Detiénese el caballero
y me dice con voz tierna:
—¿Qué haces aquí, pobre niña?
—Descansar, respondo trémula.
—¿Y tus padres? ¿Y tu casa?
—No los tengo; yo soy huérfana.
—¡Pobre niña! ¡Pobre niña!
replica; y al ser envuelta
por sus brazos generosos
que me abrigan y me estrechan,
brotaron de sus pupilas
dos lágrimas como perlas. (Muy conmovida.)

GASPAR.

¿Era don Guillermo acaso?

CATALINA.

¡Oh, sí! Don Guillermo era
el cazador que volvia
atravesando la vega;
el que entónces me salvó
de la nieve, medio muerta,
y el que há diez años me llama
«Catalina, su hija buena.»

GASPAR.

En verdad, debes amarlo,
zagala, como á tí mesma.

CATALINA.

Más que á mi vida le amo;
y por eso me da pena
verle sufrir en silencio
la ingratitud...

GASPAR.

A ver, cuenta;
(Dejando los arreos y acercándose.)
que como nuevo en la casa,
para mí todas son nuevas.

CATALINA.

Cuatro años há que en la boda
de don Leonardo...

GASPAR.

Esa es vieja,
pues nadie ignora que el padre
le entregó toda su hacienda.
¡Una imprudencia de á folio!

CATALINA.

¡Oh, sí; terrible imprudencia!
Durante el año primero
todas fueron mil protestas
de sumision y cariño,
y la dichosa pareja

al noble anciano cuidaba
con solicitud extrema.
Mas llegó el año segundo,
y sin causa manifiesta
al amor del pobre padre
respondieron con tibieza
don Leonardo y doña Marta.
Poco despues parió ésta
un niño hermoso...

GASPAR.

Alfonsito,
el que á todos nos recrea
con su ingenio y travesura.
¡Es un ángel en la tierra!

CATALINA.

Pero fué su nacimiento
para el amo infausta fecha.
Desde entónces comenzaron
los desaires y exigencias,
y las faltas de respeto,
y la altivez de la nuera.
Sospecho que don Felipe
le aconsejó sin conciencia
malas obras.

GASPAR.

De un avaro
no se conoce obra buena.
Bien hizo en ir á las Indias.

CATALINA.

¡Dios no permita que vuelva!

GASPAR.

¿Volver? Nunca, miéntras quede
oro entre aquellas arenas.

CATALINA.

Marta logró poco á poco
hacerse absoluta dueña.

Así cambió, porque quiso...
y en esto algun plan se lleva,
todos los viejos criados,
que buenos y fieles eran,
por otros que nadie sabe
lo que son.

GASPAR.

Ten esa lengua,
zagala, que á honrado y fiel
no hubo jamás quien me venza.
(Se aleja enfadado.)

CATALINA.

Si no lo digo por vos;
escuchadme.

GASPAR.

¡Bachillera!
Reniego de las historias
que por embustes comienzan.
(Se va por la puerta de la cuadra, llevándose los arreos.)

CATALINA.

Hé aquí por qué doña Marta
buscó servidumbre nueva.
(Sube al terraplen y entra en la casa.)

ESCENA II.

LEONARDO.—MARTA.

(Entran por el fondo, asidos del brazo.)

MARTA.

Te lo ruego, esposo mio.

LEONARDO.

Un imposible deseas,
é inútilmente pleiteas:
calla, pues.

MARTA.

Ya desconfío;
que parece que te afliges
de escuchar mi peticion.

LEONARDO.

¡Si me grita el corazon
que no es justo lo que exiges!
Yo, que siempre hice tu gusto,
hoy de escucharte me aflijo.

MARTA.

¿Quitarle el pan á tu hijo
lo consideras más justo?

LEONARDO.

No se toca en tal extremo.
Bien lo sabes, Marta mia.

MARTA.

Pero poco tardaria.

LEONARDO.

No lo temas.

MARTA.

Sí lo temo.
Son muchos los desgraciados
á quienes padre alimenta,
y al año pasa la cuenta
de cuatrocientos ducados.

LEONARDO.

¿Eso qué vale, en rigor,
si á la renta se compara?
Eres, Marta, un poco avara.

MARTA.

Lo confieso sin rubor;
porque todo lo que guardo
es para Alfonso.

LEONARDO.

Ya sé;
pero... pero...

MARTA.

¿Pero qué? (Con zalamería.)

LEONARDO.

Ya es demasiado.

MARTA.

(Con dulce reconvencion.) ¡Leonardo!

LEONARDO.

Sí; ya peca en demasía
tasarle á mi padre todo
sin consultar su acomodo,
sin conocer...

MARTA.

¡Qué manía!

LEONARDO.

Todos sus gustos combates
con desusado teson,
y sospecho que aversion
le tienes.

MARTA.

¡Qué disparates!

LEONARDO.

Esclavo de tu hermosura
tu cómplice suelo ser
en hacerle padecer.
¡Ingrato yo!

MARTA.

¡Qué locura!
(No aversion, ódio me inspira,
(Con ira reconcentrada.)

y en vano á Leonardo asedio.
Sólo me queda el remedio
de apelar á la mentira.)
Ya que en tu juicio cometo
culpas tantas, es razon
hacerte la confesion
de un doloroso secreto.
Aunque tu pecho taladre,
no quiero callarlo más;
que ya sufrí por demás
los agravios de tu padre.

LEONARDO.

¿Qué me dices? ¡Vive Cristo!
¿Agravios del pobre anciano,
á quien siempre dulce, urbano,
y afable contigo he visto?

MARTA.

Porque guarda su desdén
para cuando no ves tú.

LEONARDO.

¡Por vida de Belcebú!
¿Conque hipócrita tambien?
Cesa, Marta, pues recelo
que estás manchando tus labios.

MARTA.

Que son ciertos mis agravios
te juro aquí por el cielo.

LEONARDO.

¡Jurastes... (Muy sorprendido.)

MARTA.

Y fe te exijo.

LEONARDO.

¿Por el cielo? (Con más asombro.)

MARTA.

Y no me apura
jurar por todo.

LEONARDO.

Pues jura (Con imperio y gravedad.)
por la vida de tu hijo.

MARTA.

(¡Ah! ¡qué horror!) (Vacilando.)

LEONARDO.

¿Mientes?

MARTA.

No miento:
te lo juro.

LEONARDO.

¡Era verdad!

MARTA.

(¡Dios mio, tened piedad!
¡No escucheis mi juramento!)

LEONARDO.

¿Mi padre?... ¡Pasmado estoy!
Habla.

MARTA.

El respeto aconseja
no darle ninguna queja
por lo que á decirte voy.
¿Lo prometes?

LEONARDO.

Habla.

MARTA.

No.

LEONARDO.

Nada á mi padre diré.

MARTA.

¿Lo cumplirás?

LEONARDO.

¡Por mi fe!
¿Cómo y cuándo te agravió?

MARTA.

Sospecho que el pobre lidia
por dominar, aunque en vano,
un rencor, un odio insano
hijo tal vez de la envidia
que le causa verme amada
por tí con pasion extrema,
y há tiempo ha dado en el tema
de motejarme por nada.
Ya me dice que es su sino
padecer por causa mia;
ya que al casarte temia
hacer un gran desatino;
y murmurando sin tasa
de mi altiva condicion
le sorprendí una ocasion
con los criados de casa.
Estos con tal aliciente
me despreciaban á mí:
por eso los despedí.

LEONARDO.

¡Hiciste perfectamente!
Perdóname si ignorando
la causa de tu rigor,
entónces fuí defensor
de tan estúpido bando.

MARTA.

En fin, si á tu amor exijo
que tases el gasto loco

de tu padre, es porque há poco
estas palabras me dijo:
«Con tu lujo y vanidad
»al cielo estás ofendiendo,
»y es justo calmarlo haciendo
»más obras de caridad.
»Y para bien humillarte,
»para aliviar los dolores
»de mis fieles servidores
»arrojados con vil arte,
»yo pediré sin reparo
»á Leonardo; y no por esto
»dirá que caro le cuesto;
»pues él me costó más caro.»

LEONARDO.

Sin mediar tu juramento,
que mientes, Marta, pensara.
¿Mi padre te ha echado en cara
su beneficio?

MARTA.

¡No miento!
Pero basta de tortura
y hablemos de nuestro amor.
(Guillermo aparece de espaldas, y dice refiriéndose al niño.)

GUILLERMO.

¡Es un ángel del Señor!

MARTA.

(¡Guillermo!)

LEONARDO.

(¡Ah!)

GUILLERMO.

¡Qué criatura!
(Baja á la escena.)

ESCENA III.

LEONARDO. — MARTA. — GUILLERMO.

GUILLERMO.

¡Bendiga Dios tu existencia,
dulce niño!... Mas ¡qué veo!
¿De vuelta ya del paseo,
hijos mios?

MARTA.

(A Leonardo.) (Ten prudencia.)

GUILLERMO.

Pues yo tambien me ejercito
sin moverme de las sillas,
con Alfonso en las rodillas,
haciéndole el caballito. —
Pero algun disgusto advierto
en vuestro extraño talante.
¿Qué teneis?

LEONARDO.

Causa bastante
tenemos.

GUILLERMO.

(Con bondad.) ¿A que la acierto?

MARTA.

Difícil es.

GUILLERMO.

Tú has reñido
con tu hermosa compañera:
vaya, abrázala, que espera
el perdon de su marido.

LEONARDO.

Padre, estais equivocado. (Con enojo.)

¡Reñirle á Marta! ¿Por qué?
¡Es un ángel!

GUILLERMO.

Ya lo sé:
pero pecas de exaltado,
y no fuera maravilla
que por cualquier bagatela...

LEONARDO.

No soy un niño de escuela.

GUILLERMO.

¿Te ofende chanza sencilla? (Con dulzura.)

MARTA.

Vamos, Leonardo, que ansío
besar á Alfonso mil veces.

LEONARDO.

Vamos, sí.

(Leonardo y Marta suben del brazo y entran en la casa, sin mirar á Guillermo, que exclama con amargura.)

GUILLERMO.

Son pequeñeces...
pero que matan, Dios mio!

(Se sienta en el banco, apoya los codos sobre la mesa, y la cabeza entre las manos.)

ESCENA IV.

GUILLERMO. — GASPAR, por el fondo.

GUILLERMO.

Abísmate, pobre mente,
en tus tristes pensamientos.

GASPAR.

¿Señor? ¿Señor? (No me oye.)
Señor... perdonad...

GUILLERMO.

¿Qué es ello?

GASPAR.

Una carta que han traido
para vos.

GUILLERMO.

¿Quién?

GASPAR.

El mancebo
que despacha en la hostería
de San Quintin.

GUILLERMO.

(Mirando el sobre.) No recuerdo
esta forma de escritura.
Gracias, Gaspar. (Gaspar saluda y se va.)
Veamos esto.

(Catalina sale de la casa con una labor y se sienta en el vestíbulo observando á Guillermo. Este lee, retirando la carta á mucha distancia de sus ojos á la manera de los présbites.)

ESCENA V.

GUILLERMO.—CATALINA, arriba.

GUILLERMO.

De quién será no adivino.
Corto escribe... y firma... ¡Mendo!
¡Don Mendo de Rivagorza!
¡No me engaño! ¡Dios eterno!
¡Él es, mi amigo, el hermano
á quien la vida le debo
treinta años hace; el que siempre
entraba á mi lado en fuego
contra el bravo portugués...!

Corro á abrazarlo al momento.
Mas ¿por qué no habrá venido
si sabe dónde me encuentro?
¡Y me escribe! Leamos ántes,
á ver lo que dice Mendo.

(Lee despacio, con emocion creciente.)

«Ambicionando dotar
» á mi hija, á quien adoro,
» lancéme en busca de oro
» al juego de más azar.
» Contraria me fué la suerte,
» y mil ducados perdí;
» no los tengo, y siendo así
» debo pagar con mi muerte.
» El plazo cumple mañana
» y en esta posada espero.
» Si no recibo el dinero...
» por mi hija ven, Orellana.» (Pausa.)

¡Grande y noble corazon
sumido en tan hondo duelo,
tente, y no viertas tu sangre
miéntras que lata mi pecho!
Cuando en los campos de Ourique,
lanzando rayos tu acero,
desbandaste á los que crueles
se ensañaban en mi cuerpo;
cuando en tus hombros robustos
me llevaste al campamento
para cuidarme solícito
miéntras estuve en el lecho...
¡Oh! ¡Cuántas veces el llanto
de gratitud, noble Mendo,
bañó mis mejillas! ¡Cuántas
pedí con fervor al cielo
que si tu buena fortuna
se tornaba andando el tiempo
y amagaba tu existencia,
aquí llegases pidiendo,
por la vida que me diste,
una vida que te debo!
Treinta años han trascurrido,

y Dios, oyendo mis ruegos,
dirige á mi hogar oculto
el paso errante de Mendo.

(Se descubre con fervor religioso.)

¡Gracias, Rey de las Alturas,
infinitamente bueno!
Hoy que á mi voz respondiste,
hoy que colmaste mi anhelo,
paréceme que me miras,
que sonríes, que te veo,
y un bienestar inefable
endulza mis sufrimientos.

(Queda haciendo oracion.)

CATALINA.

(¡Cómo late generoso
su corazon, al recuerdo
de favores recibidos
treinta años hace! ¡Qué ejemplo
para Leonardo, que olvida
beneficio más extremo...
Mas oigo hablar en la casa;
álguien se acerca; ocultémonos.

(Retira la silla más hácia el proscenio.)

ESCENA VI.

Dichos.—MARTA.—LEONARDO.

MARTA.

Aún está allí. (Señalando á Guillermo.)

LEONARDO.

Ya lo veo. (Preocupado.)

MARTA.

¿Tendrás valor?

LEONARDO.

Lo tendré,
Marta mia, porque sé
que agraviarte es su deseo.

MARTA.

¿Y si ruega?

LEONARDO.

¡Trance duro
será insistir si me ruega!

MARTA.

Ya tu valor se doblega!

LEONARDO.

No, no; resistir te juro.

(Leonardo, seguido de Marta, baja á la escena y se dirige á Guillermo, quien entretanto besa la señal de la cruz y se cubre.)

LEONARDO.

Padre y señor...

GUILLERMO.

¡Hijo mio!
Ven y abrázame, que ansío
dar á mi pecho espansion,
pues de dicha desvarío...
y mis dichas tuyas son.

LEONARDO.

¿Qué causa vuestro contento?
¿Qué motiva emocion tanta?

GUILLERMO.

El que merced á un portento,
hoy pago una deuda santa.
Escucha, que va de cuento.
Caminaban dos pastores
conduciendo hácia el aprisco
sus ganados baladores,

ya por un campo de flores,
ya más bien de risco en risco,
Cuando en lo más escarpado
el pié del uno resbala;
vacila, pierde el cayado,
un grito salvaje exhala,
y rueda al fin despeñado.
Llega el otro diligente,
se asoma, y ve detenido
en mitad de la vertiente,
sobre un peñasco saliente,
al compañero caido.
Salvarle intenta, y en vano
busca su planta un sendero;
mas con valor sobrehumano,
ensangrentando su mano
y por milagro certero,
Desciende al peñasco aquel
suspendido en el abismo;
socorre á su amigo fiel,
en hombros carga con él,
y vuelve á subir lo mismo. (Ligera pausa.)
Pasaron años... y un dia
sucedió de inverso modo;
que el pastor que socorria
cayó en un charco de lodo...
de un lodo que lo absorbia.
Y al verlo enterrado así
el pastor que fué salvado,
para sacarlo de allí...
¿debió socorrerle, dí,
ó allí dejarlo enterrado?

LEONARDO.

Perder la vida debió
de no salvarle su vida.

GUILLERMO.

Tambien el que me salvó
en fango dió otra caida,
y debo sacarlo yo.
Hundido en la charca densa

sus fuerzas agota en vano
buscando un apoyo... ¡Piensa
con qué emocion tan inmensa
le voy á tender la mano!

LEONARDO.

Es clara la alegoría,
y fácilmente comprendo
que á alguno salvar ansía
vuestro amor.

GUILLERMO.

Y á tu hidalguía
mi deuda santa encomiendo. (Queda abstraido.)

LEONARDO.

Vuestras órdenes espero.

MARTA.

Con esa invencion sutil (A Leonardo, aparte.)
te pedirá más dinero.

LEONARDO.

¡Marta! Escucharte no quiero
un pensamiento tan vil.

GUILLERMO.

Necesito mil ducados. (Saliendo de su abstraccion.)

LEONARDO.

(¡Ah!)

MARTA.

(A Leonardo.) Con justicia pensé.

LEONARDO.

(¡Tantos embuste forjados
para humillarla!)

GUILLERMO.

(Con candor.) ¡Asombrados,
hijos mios, os dejé!

LEONARDO.

(¡Cielos! ¡Mentir con tal arte!
¡Mi padre el juicio perdió!)

MARTA.

A su placer me humilló:
viniste á quitarle parte
y sacará el triple.

LEONARDO.

No.

GUILLERMO.

(¡Qué hablarán?) ¡Me maravilla
verte indeciso y turbado!
(Leonardo se arrodilla delante de Guillermo sin humildad.)
¿Hora doblas la rodilla,
y enrojece tu mejilla
como si fueras culpado?
Levanta.

LEONARDO.

Dejadme así.
Cuatro años hace que aquí,
con cariño sin igual,
me dísteis vuestro caudal;
y hoy aquí mismo... ¡ay de mí!
pide el alma traspasada
que con noble y leal mirada
sondeis vuestro corazon,
y veais si tengo razon
en no daros ahora nada.
(Guillermo mira á su hijo con estupor. Marta parece agitada, y Catalina se levanta y sigue con interés la escena.)

MARTA.

(¡Qué indiscreto!) (Apartes muy rápidos.)

CATALINA.

(¡Qué perjuro!)

MARTA.

(De su respeto maldito
reniego.)

GUILLERMO.

¡Hijo...!

LEONARDO.

¡Es trance duro!

GUILLERMO.

¿Estás loco?

LEONARDO.

Os aseguro
que vuestra fe necesito. (Se levanta.)

GUILLERMO.

Mas ¿qué me quieres decir?

LEONARDO.

Ya lo sabeis demasiado.

GUILLERMO.

¡Leonardo!

LEONARDO.

Podeis herir
mi pecho si os ha agraviado;
pero no os debo servir.

GUILLERMO.

¿Por qué?

LEONARDO.

Porque honor me rige.

GUILLERMO.

¿Y qué mal con ello queda
que con tu honor no transige?
Habla.

LEONARDO.

El respeto lo veda.

GUILLERMO.

Mi autoridad te lo exige.

MARTA. (Aparte á Leonardo.)

Callárselo me juraste.

GUILLERMO.

Responde á mi justo afan.

LEONARDO.

(¡Ah, qué prueba!) (Como ocurriéndole una idea.)
Quizás baste...
Probaremos.

CATALINA.

(¡Qué contraste!)

LEONARDO.

(Tengo en la frente un volcan.)—
¿Quereis, padre, ese dinero
para socorrer á un hombre?
Decid su nombre primero.

GUILLERMO.

No revela un caballero
de quien favorece el nombre.

LEONARDO.

Eso es verdad en rigor. (Anonadado.)

MARTA.

Es una disculpa vana. (Á Leonardo.)

LEONARDO.

Tambien puede ser. (Recobrando energía.)

MARTA.

Valor.

LEONARDO.

¿Jurais por el Redentor... (A su padre con ímpetu.)

GUILLERMO.

Deten la lengua liviana
que escarnece mi vejez.

LEONARDO.

Perdonad mi agravio loco. (Confundido.)

MARTA.

No quiere jurar tampoco. (A Leonardo.)

LEONARDO.

Así cumple á su altivez. (A Marta con dignidad.)

GUILLERMO.

(Mortal angustia sofoco.)

MARTA. (A Leonardo, aparte.)

Ya tu conciencia ha ganado
y mi humillacion colijo.

LEONARDO.

No, no; que es deber sagrado
confiar en que has jurado
por la vida de tu hijo! —
Nada, padre, os debo dar. (Con resolucion.)

GUILLERMO.

Renunciaré... Mas ¿qué digo?
¡Imposible es renunciar!

CATALINA.

(¡No puede á Mendo salvar!
¡Feliz yo, si lo consigo!)
(Entra en la casa corriendo.)

GUILLERMO.

Por lograr sin dilacion

ese oro, no me intimida
la más dura humillacion.

LEONARDO.

(Turba el ódio su razon.)

GUILLERMO.

En ello me va la vida.

LEONARDO.

¡Padre!... ¡Señor! (Conmovido.)

GUILLERMO.

Tú tambien,
(A Marta, suplicante: ésta se aparta con desprecio.)
ruega á Leonardo por mí!
¡Ah! ¿Te apartas con desdén?
¡Qué claro mis ojos ven,
todo el rencor que hay en tí!
Hoy que provocas sospecho
con una calumnia impía...
¡Qué horror!... ¡Perdona, hija mia;
no cabe en mi noble pecho
sospechar tal villanía!

MARTA. (A Leonardo.)

Más no me pudo ofender. (Llorando.)

LEONARDO.

¿La veis llorar? No os asombre
me atreva á restablecer
que es honrar á la mujer
el mayor deber del hombre.
Marta, ven.

MARTA.

¡Cuánto te adoro!
(Se dirigen á la casa.)

GUILLERMO.

¡Oh, qué espantoso sufrir!
¡Hijo, contempla mi lloro!!

LEONARDO.

¿Qué quereis?

GUILLERMO.

¡Dame... ese oro!

LEONARDO.

Nunca.

GUILLERMO.

Adios; voy á morir.

(Guillermo se dirige á la verja, á la vez que Catalina sale de la casa con una bolsa en la mano y baja á la escena.)

CATALINA.

¡Detente, padre querido!

LOS TRES.

¡Catalina!

CATALINA.

¡Estais salvados!
Tomad. (Entregándole el bolsillo.)

GUILLERMO.

¿Qué es esto?

MARTA.

(Con ansiedad.) ¿Qué ha sido?

CATALINA.

El dote que habeis reunido
para mí; son mil ducados.

MARTA.

(¡Ah traidora!)

GUILLERMO.

¡Santa niña!
¡Tu dote!... ¿Y quedas sin nada?

CATALINA.

Pago una deuda sagrada
al que amparó en la campiña
la huérfana abandonada.
Otro amor no conocí
que vuestro amor puro y santo,
y esto de vos recibí...
¿Lo aceptareis?

GUILLERMO.

Hija, sí,
que me salvas.

LEONARDO.

(Agitadísimo.) ¡Con espanto
oigo, miro, y pierdo el seso!

GUILLERMO.

Corro á ver... al que profeso
gratitud... y tu memoria
(Refiriéndose á que recordó su beneficio.)
Dios premiará con la gloria...
Yo la premio con un beso. (Con ternura.)
La besa en la frente y váse ligero por el fondo llevando la bolsa.)

LEONARDO.

(¡La despoja y sale ufano!...
¿Llega hasta aquí el fingimiento?
¡Miserable juicio humano
que, ciego, pretende en vano
constante ser un momento!)
(Marta se acerca á Catalina diciéndole con sumo encono.)

MARTA.

¡Salid de casa!

CATALINA.

(Juntando las manos.) ¡Perdon!

MARTA.

¡Salid!

LEONARDO.

(A Marta.) ¡Basta! — Catalina,
cumpliste tu obligacion.

MARTA.

A tu leal corazon (Con rabia contenida.)
cualquier engaño alucina.

LEONARDO.

¡Tú sí que me has engañado
fingiendo un cuento prolijo!
Tú... ¡imposible, desdichado!
¡Olvido que lo ha jurado
por la vida de su hijo!

(Marta llora y Leonardo acude á consolarla.)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

El escenario representa un salon de tránsito de la casa de Leonardo. En el fondo una gran puerta y ventana que dejan ver el vestíbulo y patio, iluminados por el sol. Puertas laterales: las de la izquierda dan paso á las habitaciones de Leonardo; una de la derecha es el cuarto de Guillermo. En el centro una mesita cubierta con servicio para comer. Catalina sale por una puerta de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA.

Al fin tranquilo reposa
en su sillon! No lo extraño,
que veló toda la noche
sin poder hallar descanso.
¡Pobre mártir! ¡Cuál me aflige
verle morir paso á paso
sumido en honda tristeza!
¡Y cómo muere!... rogando...
rogando á Dios que perdone
la ingratitud de Leonardo!
¡Qué mala sois, doña Marta!
¡Qué egoista! Habeis logrado
con paciencia y artificio
colocar al noble anciano
en su casa solariega
al nivel de los criados.
Primero, porque estorbaba
un enfermo muy cercano,
de su antigua habitacion

sin caridad le arrojaron,
metiéndolo en esa celda
propia de un fraile descalzo.
Más tarde, con el pretexto
de que temblaba su mano
y en los manteles vertia
la salsa, el vino ó el caldo,
le prohibieron que á la mesa
se sentara... ¡qué inhumanos!
Y desde entónces el mártir
come siempre solitario.
En casa nadie le escucha,
nadie le ve con agrado,
nadie sus canas venera...
¡Válgame Dios! Me hace daño
en ello pensar, y nunca
puedo mover estos platos
sin que se oprima mi pecho
y sin que me acuda el llanto.

(Continúa poniendo la mesa. Gaspar entra por el fondo conduciendo á Alfonsito.)

ESCENA II.

CATALINA.—GASPAR.—ALFONSO.

GASPAR.

Ya vereis qué son azotes,
apénas lo sepa el amo.
¡Vaya con el revoltoso!
¡Hum! Catalina, aquí traigo
al mismo diablillo verde!

CATALINA.

¿Cómo es eso?

GASPAR.

Lo he bajado
del lomo de Volador.

CATALINA.

¿Habia montado el caballo?

GASPAR.

Por el pesebre subiste,
¿es verdad?

ALFONSO.

No, por el rabo.
Pero ya no lo haré más...
cuando tú veas.

GASPAR.

¡Bien estamos!
No le permitas salir (A Catalina.)
sò pretexto que va al patio;
porque se mete en la cuadra
y puede herirle el caballo.

(Gaspar se vuelve para salir, y el niño le coge de la ropilla.)

¿Qué pretende el rapazuelo?

ALFONSO.

¿Por qué no me has hecho el látigo?

GASPAR.

Ya lo haré!

ALFONSO.

Que suene mucho.

GASPAR.

Sonará!

ALFONSO.

Que sea muy largo. (Se va Gaspar.)

(Guillermo sale por donde salió Catalina, apoyado en un báculo, con paso lento y torpe. Al verle el niño, corre hácia él. Marta aparece por el fondo.)

ESCENA III.

CATALINA.—GUILLERMO.—ALFONSO.—MARTA.

GUILLERMO.

¡Dulce niño!

ALFONSO.

Padre abuelo,
¿me das un beso?

GUILLERMO.

(Con infinita ternura.) Trabajo
me costará el inclinarme,
mas no renuncio al regalo.

(Guillermo se encorva lentamente, y el niño se empina; pero ántes que logre besarlo, grita Marta con imperio.)

MARTA.

¡Alfonso!!

(Guillermo se incorpora; el niño asustado se acerca á Marta. Esta habla, hasta terminar la escena, en tono irritado.)

¿Qué ibas á hacer?

ALFONSO.

Iba á darle... á darle un beso
á abuelito.

MARTA.

¡Antojo raro!

(Lo coge de la mano y se dirige á la primera puerta de la izquierda. El diálogo con rapidez calculada, para que termine con oportunidad.)

Ya te he dicho no quiero
que vengas á incomodarlo.

ALFONSO.

¿Le incomodo?

MARTA.

Sí.

ALFONSO.

¿Y por qué?

MARTA.

No hablemos más, que me canso. (Vánse.)

(Marta se lleva al niño, quien al llegar á la puerta le envia á Guillermo un beso con la mano. Este queda abatido. Catalina contiene sus lágrimas.)

ESCENA IV.

GUILLERMO.—CATALINA.—Luégo LEONARDO.

GUILLERMO.

Sangriento el insulto ha sido,
y mal mis iras despierto,
porque soy un cuerpo muerto
sin otro dón que el oido.
Y oigo, sí; mas oigo tanto,
que la más airada voz
vibra y se pierde veloz,
sin que una gota de llanto,
sin que un pesar homicida
arranque en tributo al alma;
y es que disfruto la calma
de todo cuerpo sin vida.

(Leonardo aparece por el fondo y Guillermo lo descubre.)

¡Leonardo! ¡Leonardo aquí!
Tres dias há no lo veo.
Mas ¿qué me importa, si creo
que ya los ojos perdí?
Mejor es; porque si viera
y ora quizás le observara,

(Vuelve la cara y declama sin dejar de mirarlo.)

mi corazon desgarrara.

(Leonardo va haciendo lo que Guillermo repara y dice.)

Advertir le desespera
encontrarme tan cercano...
y que vacila primero...

(Leonardo se dirige á la puerta más cercana de la izquierda.)

y despues cruza ligero
recatando con la mano
su faz y crueles enojos.
Si esto enseña el hado impío,
¡qué bien hiciste, Dios mio,
en que cegaran mis ojos!
(Leonardo empuja la puerta y no cede.)

CATALINA.

(¡Ah, qué grosera ficcion
de que á su padre no ha visto!)

LEONARDO.

(¡Cerrada está, vive Cristo!)

CATALINA.

Id por el otro salon. (A Leonardo.)

LEONARDO.

(¡Ya es forzoso! ¡Trance cruel!
¡No sé qué pasa por mí!
Encuentro á mi padre aquí
y tiemblo acercarme á él.
Y es que mi dicha coarta
quizás con su vana queja,
ó es que en mi pecho refleja
su eterna lucha con Marta.
¿Qué le diré?) Catalina,
(Volviéndose y fingiendo verle por la vez primera.)
¡Y mi padre?—Guárdeos Dios;
¿cómo seguís de la tos
y del reuma? (Por fórmula y como contrariado.)

GUILLERMO.

(Con ironía.) Se adivina
que la inquietud te sofoca;
pero ese afan cariñoso
da á mis dolencias reposo.

LEONARDO.

(¡Siempre el sarcasmo en su boca!

Vuestros dolores prolijos
son achaques de la edad.

GUILLERMO.

Y por ellos la piedad
prueba Dios de nuestros hijos.

LEONARDO.

¿Estais quejoso de mí?

CATALINA.

(¡Qué cínico atrevimiento!)

LEONARDO.

¡Es que os arranca un lamento
la cosa más baladí!
Que nadie os tiene cariño
soñais y cien desengaños.
¡Tal manía!...

GUILLERMO.

Con los años
el viejo se vuelve niño.

LEONARDO.

¿Qué falta á vuestra ventura?

GUILLERMO.

Nada... nada.

LEONARDO.

Así lo creo.

GUILLERMO.

Pero con ánsia deseo
la paz de la sepultura.

LEONARDO.

Es el cantar favorito
de la vejez... venerable.

GUILLERMO.

Es el término probable
de un padecer infinito.
(Pausa y transicion.)
Mas cese el necio gemido
por aprensiones tacañas...
Voy á comer; ¿me acompañas?

LEONARDO.

Gracias, padre; ya he comido. (Confuso.)

GUILLERMO.

Has comido... y se concilia...
buen manjar y dulce estado
disfrutaste, rodeado
¡ay! de toda la familia
que por fortuna te vive;
pues para aquélla que ha muerto,
que no dispongan cubierto
fácilmente se concibe.
Es un milagro que asomen
en la mesa del festin;
pero yo conozco al fin
algunos muertos que comen.
Y afirmo con fe y sin dolo
que en trance tal es costumbre
por miedo á su podredumbre
forzarle á que coma solo.
Pero si lleva el azar
á deudo alguno que existe (Señalándolo.)
cerca de la mesa triste (Por la suya.)
que el muerto suele ocupar,
éste, ahogando su amargura,
sin odio, rencor ni hiel,
le invita á comer con él...

LEONARDO.

(¡Su acento infunde pavura!)

GUILLERMO.

Yo soy el ente precito
(Con amargura y emocion creciente.)

que arrastra su vida escasa;
el desterrado en su casa;
el réprobo sin delito.
El loco, la extraña fiera
de quien huyen á porfia;
el triste que en tumba fria
encierran ántes que muera.
El vivo con sepultura,
el muerto sin cementerio;
¡el que segun tu criterio
goza de inmensa ventura!
(Cae sollozando en el sillon.)

CATALINA.

(¡Padre infeliz! Con mi amor
yo aliviaré tu martirio.)
(Se acerca á Guillermo y le consuela, miéntras habla Leonardo.)

LEONARDO.

¡Delirio! Solo delirio... (Agitadísimo.)
¡pero que infunde pavor!...
Desgarra un puñal agudo
mis entrañas... siento frio...
tiemblo... ¿qué es esto, Dios mio,
que así tiemblo, callo y dudo?
Sé que una pena sencilla (Procurando calmarse.)
pinta mi padre de suerte
que en gigante la convierte
y que espanta y maravilla;
(Va caminando de espaldas á la puerta, á la vez que declama.)
Sé que todo su penar
consiste en que al niño adora
y no puede á cualquier hora
su pura frente besar.
¡Ah! Cese ya, corazon, (Con placer ficticio.)
tu pueril remordimiento;
que Alfonso vendrá... un momento
para calmar su afliccion.
Es justo, sí... no lo niego...
¿Quién no acata la justicia?...
La puerta toco... ¡oh delicia!
Ya respiro con sosiego. (Váse corriendo.)

ESCENA V.

GUILLERMO.—CATALINA.

CATALINA.

Señor, calmad vuestro duelo,
que con el alma os adoro. (Le besa la mano.)

GUILLERMO.

Estas lágrimas que lloro
son de inefable consuelo.
Son de inmensa gratitud
por tus cuidados prolijos;
pues me abandonan mis hijos
y me ampara tu virtud.

CATALINA.

Ya que Leonardo se obstina,
que no os aflijais merece.

GUILLERMO.

¿Y eso fácil te parece,
inocente Catalina?
¿Tú sabes á dónde llega
el amor que aquí palpita?
¿Faro de luz infinita
cuya intensidad me ciega!
¿Crees que puede á su albedrío
sofocar su amor un padre
porque un mal hijo taladre
su pecho?... ¡Qué desvarío!
Esta pasion sin igual,
noble y santa cual ninguna,
tiene en el cielo su cuna
y es inmensa, es inmortal.
Y siendo este amor eterno,
me seguirá cuando muera
á la celestial esfera,
ó al hondo y oscuro averno.

Yo sé que el cielo me aguarda
por el martirio ganado;
pero este bien tan ansiado
á mi espíritu acobarda.
Que ni en el cielo colijo
que mi triste llanto enjugo...
¡sabiendo que... por verdugo
se ha condenado mi hijo!

CATALINA.

Mitigad vuestra afliccion,
señor, escuchad mi acento.

GUILLERMO.

¡Otro horrible pensamiento
me desgarra el corazon!
¡Si no lo hubiera engendrado
si nunca hubiese nacido,
ora se hallara perdido,
y al infierno condenado!
¡Vida le dí! ¡triste dón
que solo dura un segundo!
¡Paso fugaz por un mundo
de miseria y tentacion!
Y en él á luchar le obligo
logrando... ¡aciagos rigores!...
por un segundo de errores,
la eternidad de castigo!
¡Perdon, Dios mio, perdon!
Con fe inquebrantable aguardo
que á mi perdido Leonardo
toqueis en el corazon.
Pues vos en el crucifijo
moristeis perdon pidiendo,
porque estaba en vos ardiendo
el amor de padre á hijo!

CATALINA.

¡Señor, plegaria tan pura
siempre el cielo escuchará! (Ligera pausa.)
¿Comereis? (Con voz persuasiva y cariñosa.)

GUILLERMO.

Es tarde ya.
Me invade la calentura.

CATALINA.

Verdad es. ¿Sentís fatiga? (Tomándole una mano.)

GUILLERMO.

Aún no; pero mi aposento
arregla.

CATALINA.

Voy al momento.
(Se va por la puerta derecha.)

GUILLERMO.

¡El Hacedor te bendiga!

ESCENA VI.

GUILLERMO.—ALFONSO.

(Guillermo sentado. Alfonso entra por la izquierda en busca de Guillermo; y al observar que llora, se le acerca de puntillas y le pregunta con asombro.)

ALFONSO.

¡Padre abuelo! ¿Por qué lloras?

GUILLERMO.

¡Ah! ¿Tú aquí, querido niño?
¿Cómo vienes á buscarme
si te riñen?

ALFONSO.

Yo he venido,
porque tú me quieres mucho.
¿Es verdad?

GUILLERMO.

Sí. (Con un sollozo.)

ALFONSO.

¿Y un ratito
me sentaré en tus rodillas?

GUILLERMO.

¡Así estuvieras un siglo! (Sentándolo.)

ALFONSO.

¿Y tú por qué comes solo?
(Reparando la mesa puesta.)

GUILLERMO.

¡Yo!... ¡yo... no lo sé, hijo mio! (Turbado.)
(¿Quién acierta á responderle?)

ALFONSO.

¿Quieres que coma contigo?

GUILLERMO.

Hijo... no.

ALFONSO.

¿Por qué?

GUILLERMO.

Por... nada.
(¡Es un extraño martirio!)

ALFONSO.

¿Ya comistes?

GUILLERMO.

Sí; eso es.

ALFONSO.

Entónces, ¿me das un higo?

GUILLERMO.

Tómalo. (Se lo entrega.)

ALFONSO.

(Comiéndolo.) Está muy maduro.

GUILLERMO.

Me alegro.

ALFONSO.

Dime, abuelito,
¿por qué madre no te quiere?

GUILLERMO.

No supongas desatinos,
Alfonso; tu madre me ama.

ALFONSO.

Entónces, ¿por qué me dijo
que no viniera á buscarte?
¿Eres malo?

GUILLERMO.

Dulce niño;
yo con el alma perdono
á cuantos me han ofendido.

ALFONSO.

¿Los perdonas?

GUILLERMO.

Sí.

ALFONSO.

Y ¿por qué?

GUILLERMO.

¡Porque lo manda el Altísimo!
Dime: si el hijo de Antonio,
jugando una vez contigo,
escondiera ó se llevase
tu trompo ó tu caballito...
¿qué le harias tú?

ALFONSO.

(Accionando con brio). Le pegaba
en la barriga á Antoñito
hasta que me diera el trompo.

GUILLERMO.

¡Muchacho!

ALFONSO.

¡Si el trompo es mio!

GUILLERMO.

Dime: y si fuera tu padre
el que, por loco capricho,
te encerrase en una cueva
muy oscura...

ALFONSO.

¡Ay, abuelito!
(Con voz medrosa y suplicante.)
no dejes tú que me encierren;
yo no he hecho nada.

GUILLERMO.

(Abrazándolo). ¡Hijo mio!
tranquilízate. (Es difícil
hacerle entender á un niño
de perdonar las injurias
el mandamiento divino.)

(Marta sale por la izquierda, y al verla el niño váse corriendo. Guillermo se levanta indignado.)

ESCENA VII.

GUILLERMO.—MARTA.

ALFONSO.

Madre viene y tengo miedo...
Déjame ir, abuelito. (Le besa y se va.)

GUILLERMO.

¿Son de acero tus entrañas
que esto enseñas á tu hijo,
ahogando en su tierno pecho
los generosos instintos?

MARTA.

Ya sabeis que vuestro encono...

GUILLERMO.

¿Mi encono dices? ¡Por Cristo,
que es grande, sí, pero justo!

MARTA.

¿Cuántas veces me habeis dicho
que yo soy el ángel malo
que aconseja á vuestro hijo?

GUILLERMO.

Verdad es triste y amarga.

MARTA.

¿Cuántas veces he sufrido
de Leonardo los enojos
por vuestra culpa? De antiguo
rueda la bola de nieve
que tanto se ha engrandecido.
Nunca me habeis estimado;
siempre fuísteis, un motivo
de discordia entre nosotros,
y áun há poco á mi marido
que de hablaros acababa,
tales cosas le habeis dicho,
tal le turbásteis la mente,
que mudo, triste, sombrío,
en casa entró sin mirarme.

GUILLERMO.

Es cierto que no te estimo.
¿Dónde se encuentra un verdugo

por su víctima querido?
¡Aléjate! (Con desprecio.)

MARTA.

Sabed ántes...
que para siempre os prohibò
besar á Alfonso.

GUILLERMO.

¿Por qué?

MARTA.

Porque temo que un hechizo
le deis para que me odie.

GUILLERMO.

¡Marta!

MARTA.

De vos no me fio.

GUILLERMO.

Cesen por Dios tus insultos...

MARTA.

Mayores los he sufrido
de vos...

GUILLERMO.

(Ciego de furor.) ¡Basta, que me ahogo!
¡Mujer fiera! ¡Basilisco!

(Leonardo sale por la izquierda distraido, y al oir á su padre queda atónito y luégo interviene colérico.)

LEONARDO.

¡Callad, callad! (Ardo en ira.)

MARTA.

(Al fin lògré mi designio.)

ESCENA VIII.

GUILLERMO.—LEONARDO.—MARTA.

LEONARDO.

Señor, el buen caballero
jamás ultraja á una dama.

GUILLERMO.

¡No es dama la que me infama!

MARTA.

Cumplida justicia espero.

LEONARDO.

¡Desagraviarla es forzoso!

GUILLERMO.

Antes morir que consienta
mi deshonor tras mi afrenta.

MARTA.

Que este mismo techo abrigue
á tu mujer y á tu padre
una hora más, no consiento...
Leonardo, en este momento
elige al que más te cuadre.

(Catalina sale y queda en el fondo escuchando con ansiedad.)

LEONARDO.

Tu afrenta en ira me abrasa.
y elegiré sin reparos.
Señor, me duele ordenaros...
(Con voz turbada y mucha vacilacion.)
que abandoneis esta casa...

GUILLERMO.

¡Hijo!

CATALINA.

¡Horror!

MARTA.

Así mi ultraje
lavarás.

GUILLERMO.

Hijo querido,
¿qué dijistes?

MARTA.

(A media voz.) Os ha advertido
que busqueis otro hospedaje.

GUILLERMO.

(Me arroja... sin compasion
á mi caduca existencia,
firmando así su sentencia
de eterna condenacion.
Mas si le ruego con calma,
tal vez su honor no mancille:
¿Qué importa que yo me humille
si logro salvar su alma?)
(Se vuelve á Leonardo que le escucha lleno de agitacion.)
¡Leonardo, Leonardo!... Ven;
tu corazon no es de piedra.
¿Vacilas? ¿Mi voz te arredra?

LEONARDO.

¿Arredrar? (Muy turbado.)

GUILLERMO.

¡Mírame bien!
¡Antes de que los degrades,
mira estos blancos cabellos
é impresa la nieve en ellos
de setenta navidades!
Mira esta sien que aprisiona
una corona que ciño;
me la tejió tu cariño...
y es de espinas la corona.
Mira este cuerpo agobiado
temblando de calentura,
y síguelo con tristura.

Cuando en un palo apoyado
se encuentre al morir la tarde
en medio del campo yermo,
mísero, solo, y enfermo
sin hogar que le resguarde.
Con el sol, hácia la aldea
sigue su andar trabajoso,
y oye el acento piadoso
del que mendigar lo vea.
«Guillermo «ahí va» les escucho,
»pues Leonardo lo ha proscrito,
»por el único delito
»de haberle querido mucho.»
Hijo, no, que horror me inspira
tu nombre ver execrado:
sin lanzarme de tu lado
descargar puedes tu ira.
Arrójame en un rincon
y oculto en él viviré,
sólo al morir te veré
para darte mi perdon!

LEONARDO.

(Muy agitado). (¡Dios mio! su tierno acento
penetra cual hoja aguda
en el alma... y esta duda
me trastorna el pensamiento.
¡Arrojarlo yo, cruël!...
¡Pago horrible, infame accion!
¡Vierten sus labios perdon...
y mis labios vierten hiel!
Si Marta por odio intenta...
imposible, nó, ¿qué digo?
¿acaso no fuí testigo
del furor con que la afrenta?
Yo su escudo debo ser;
y aunque el alma me taladre,
no he de sufrir en mi padre
al que ofende á mi mujer.)

MARTA.

Es inútil vuestra queja.

CATALINA.

(Dispuesta á seguirlo estoy.)

MARTA.

Si él no se va, yo me voy. (A Leonardo.)

GUILLERMO.

¡El infierno te aconseja!
¡Eres un tigre! (Con furor.)

LEONARDO.

¡Otra vez!
¡Don Guillermo de Orellana,
salid!... (Demostrando indecision y violencia.)
(Guillermo irguiéndose con dignidad.)

GUILLERMO.

¡Al punto!... ¡Villana!...
¡maldiga Dios tu doblez!

ESCENA IX.

DICHOS.—GASPAR y ALFONSO.

Gaspar sale por el foro conduciendo al niño y trayendo sobre el hombro una manta de caballo. Catalina les sale al encuentro, poniendo un dedo en los labios.

GASPAR.

Sujetarlo desconfio. (Por el niño.)

MARTA.

(Silencio, Gaspar.)

GASPAR.

¿Qué pasa?

(Catalina le habla y Gaspar se santigua; Catalina se acerca despues á Guillermo y el niño la sigue.)

GUILLERMO.

La calentura me abrasa.
Tiemblo... ¡qué intenso es el frio!
Catalina, dáme el brazo
para ayudarme á marchar...

CATALINA.

Señor, debeis aplazar
la marcha.

GUILLERMO.

No admite plazo.

CATALINA.

Enfermo estais, sin abrigo...

GUILLERMO.

¿Y acaso no es suerte buena
si del hogar de una hiena
salir con vida consigo?

LEONARDO.

¡Padre!

GUILLERMO.

¡Silencio, menguado!
¿Acaso á pedir se atreve
para la lluvia ó la nieve
un abrigo el desterrado?
Dime tú, ¡mujer insana!

LEONARDO.

¡Vive Dios!

GUILLERMO.

¡Silencio, digo!
¿Pediros ahora un abrigo,
no fuera súplica vana? (Con mucha ironía.)

LEONARDO.

¡Ah! (Agitadísimo.)

ALFONSO.

¿Padre abuelo se va? (Á Catalina.)

CATALINA.

Sí.

ALFONSO.

¿Por qué?

CATALINA.

Porque es anciano.

LEONARDO.

(¡Que horrible dolor tirano
me angustia!)

El niño corre hácia Gaspar, le coje la manta, y la trae arrastrando hasta colocarla entre Guillermo y Leonardo.)

ALFONSO.

(Á Gaspar.) Dámela acá.

LEONARDO.

(Con negras dudas batallo.)

ALFONSO.

Pesa mucho, pero abriga.

LEONARDO.

¿Qué es eso? (Reparando en la manta.)

GASPAR.

(Al niño.) Que te fatiga...
Es la manta del caballo. (Á Leonardo.)

LEONARDO.

¿Cómo aquí?

GASPAR.

Señor, la traje
sobré el hombro con la prisa,
porque el niño... ¡si da risa!

al tender el correaje
sobre el potro, se empeñó...

LEONARDO.

Basta, recógela y vete.
(Gaspar va á cojerla y el niño se opone tratando de partir la manta.)

ALFONSO.

¡Nunca!

GASPAR.

(Me pone en un brete.)
Venga.

LEONARDO.

¡Cómo! (Con extrañeza.)

ALFONSO.

(A Gaspar.) Entera no;
pártela.

GASPAR.

No lo permito.

LEONARDO.

Basta ya de necedades.
(Indicando á Gaspar con imperio que salga.)

ALFONSO.

Pártemela en dos mitades
para darle una á abuelito.

LEONARDO.

¡Darle á él! (Como aterrado.)

ALFONSO.

Para la nieve.

MARTA.

¡Alfonso!

GUILLERMO.

¡Dios de piedad!

ALFONSO.

Si no es más que la mitad,
no temas, padre.

CATALINA.

(¡Y se atreve!)

ALFONSO.

Si la otra mitad que dejo...

MARTA.

¿La quieres tú?

LEONARDO.

¿Para qué?

ALFONSO.

La otra me la guardaré
para tí, cuando seas viejo.

(Leonardo retrocede horrorizado; Guillermo eleva al cielo las manos y Marta se cubre el rostro, pasando á la derecha de Guillermo.)

LEONARDO.

¡Para mí!

CATALINA.

¡Justicia santa!

MARTA.

¡Qué dice! (Con estupor.)

GUILLERMO.

¡Dios de clemencia!

CATALINA.

Te inspiró la Providencia.
Alfonso, ven. (Lo coje y lo besa.)

LEONARDO.

(Con extraordinaria exaltacion.) ¡Media manta!
¡Para cuando yo sea viejo!

¡Cielos! bien claro lo dijo,
¡cuando me arroje mi hijo
siendo de mí propio espejo!
¡Cediendo al santo cariño
de un padre que sufre y ruega,
quiso Dios á mi alma ciega
hablar por boca de un niño!
¡Conciencia! ¿por qué me espantas?
¡Señor, señor!... ¡Me extremezco!
¡Maldito estoy! No merezco
ni arrastrarme á vuestras plantas!
Colmando vuestro martirio
de casa os lanzaba há poco...
¡Fué de la mente de un loco
inexplicable delirio!
Obré cual tigre inhumano
en mi locura siniestra...
¡Esta casa es solo vuestra:
en ella sois soberano!
Solo vuestro es el caudal
causa de tanta amargura...
¿Y pude yo su ternura,
ingrato, pagar tan mal!
¡Perjuro fuí! ¡fuí malvado!
¡como verdugo cruël
tan sólo dí á beber hiel
á mi padre desdichado!

GUILLERMO.

¡Hijo mio! te perdono.
(Acercándosele con los brazos abiertos.)
¡Ven á colmar mi alegría!

LEONARDO.

No merezco todavía (Retrocediendo con humildad.)
esos brazos que ambiciono.
Antes sufrir necesito
castigo terrible y lento.
¡No basta el remordimiento
para borrar el delito!
Donde mismo delinquí

vida he de hacer miserable...
(Marta se acerca á Guillermo y cae á sus piés de rodillas. Éste la levanta.)

MARTA.

¡Yo sola soy la culpable!
¡Señor, perdon para mí!
(Catalina lleva al niño al lado de Marta, y ésta lo toma en brazos. Leonardo se abraza á su padre.)

CATALINA.

¡Ven, ángel de salvacion!

MARTA.

¡Ah! tráelo aquí, Catalina,
que Dios por él me ilumina...
¡Hijo de mi corazon!
Tu abuelo llora, ¿lo ves?
que lo beses te permito.

ALFONSO.

Pero si beso á abuelito
¿no me reñirás despues?

MARTA.

¡Nunca, nunca! (Llevándolo á Guillermo que lo besa.)

LEONARDO.

(Á Gaspar.) ¿Qué haces?

GASPAR.

(Cogiendo la manta.) Nada,
la llevo.

LEONARDO.

(Quitándosela.) ¡Déjala aquí!
Esta manta es para mí
una reliquia sagrada.
(Señalándole á Marta la manta del caballo.)
¡Marta, el callado testigo
de lo que ambos hemos hecho,
ha de ser de nuestro lecho

único adorno y abrigo!
Y allí nos dirá á los dos
hasta que caiga en pedazos...
¡Temblad de romper los lazos
entre vosotros y Dios!

(Leonardo vuelve á abrazar á su padre, éste ahogado por las lágrimas no puede hablar y le bendice.)

FIN DEL DRAMA.

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PROLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 48—Precio: 2 reale

(Contiene los pliegos 142 á 144)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

MADRID